

Atreverse o no atreverse

y otros relatos
del mundo Khamira

Víctor García



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#atreverseonoatreverse

Colección: Tombooktu Erótica

www.erotica.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Atraverse o no atraverse y otros relatos del mundo Khamira*

Autor: © Víctor García

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid

Diseño de cubierta: eXpresio estudio creativo

Copyright de la presente edición en lengua castellana:

© 2014 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-43-7

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-605-0

ISBN Digital: 978-84-9967-606-7

Fecha de publicación: Mayo 2014

Impreso en España

Imprime: Servicepoint

Depósito legal: M-6005-2014

Este primer libro quiero dedicárselo en exclusiva a la gente que más me apoyó en mis comienzos, cuando Khamira no era ni siquiera el borrador de unas historias ni de un proyecto.

Ellas fueron las primeras personas que se interesaron y les apasionó este pequeño mundo de Khamira que intentamos mejorar día a día.

Sin vosotras nada de esto habría salido hacia delante. Aunque ya no tengamos ningún contacto y, probablemente, nunca más lo tendremos, siempre os agradeceré vuestro trabajo, vuestro esfuerzo y vuestra dedicación.

Muchas Gracias a Mercedes Zorita López
e Irene Álvarez Borge.

En segundo lugar, me gustaría agradecer a todos mis lectores el apoyo y ánimo que me han dado a través de las redes sociales.

Sin vuestros ánimos nunca habría seguido escribiendo y nunca habría conseguido sentirme orgulloso de escribir este tipo de lectura. Porque los comienzos nunca son fáciles, gracias especialmente a:
Gabriela, Patricia Manzanero y Mónica Pérez.

Índice



Atreverse o no atreverse, esa es la cuestión	11
Gimnasio	25
Un día de verano	41
Último día de verano	59
Después de un día de verano	75
Oscura y fría noche	93
Cobijo bajo la lluvia	101
La incógnita de los sueños	113
Peligros del WhatsApp	127
Sorpresa en la discoteca	141
Parada inesperada	155
La decepción del placer	167
El poder de la locura	213

Atreverse o no atreverse, esa es la cuestión



Nunca me había fijado en él de esa manera. Cada fin de semana pasaba por allí como uno más de tantos otros tíos que veo a diario. Noche tras noche, todos me miran desde el otro lado de la barra, deseosos de mí.

Ese día, él también me estaba observando.

Cuando empecé a trabajar como camarera no llevaba bien todo aquello. Los chicos eran excesivamente pesados y me trataban como si fuera un objeto; muchas veces les pillaba escrutando descaradamente mis curvas mientras decían a gritos cualquier grosería que ni siquiera me paraba a escuchar. El volumen de la música ayudaba a distraerme y no prestarles atención, pero aunque no lo intentaba, intuía las bravuconadas que se decían entre ellos después de pedirme una bebida y me imaginaba la manera lasciva en que me miraban cuando me daba la vuelta para cobrarles. Y el día que, por llevar una camiseta más corta, veían el tatuaje que llevaba en la parte inferior de la espalda... Puff, prefería no imaginar qué se les pasaba por la cabeza.

Aún así, hasta cierto punto, trataba de ser lo más amable que podía.

Muchas noches acababa agotando las reservas que la diosa de la paciencia me entregaba cada fin de semana; terminaba asqueada, enfadada, frustrada. Había idiotas que no se enteraban de nada ni se daban por aludidos cuando les decía amablemente que se estaban pasando de la raya.

Según pasaron los meses, aprendí a manejarlos; les daba confianza, y cuando se pasaban de la raya... ¡zas!, sacaba mi carácter seco y borde porque si no cortaba de raíz en un momento dado, se envalentonaban, sacaban su lengua viperina a pasear y... , bueno, todas sabemos la cantidad de imbecilidades que un hombre, y borracho, puede llegar a escupir.

Pero ese chico no. Él siempre me dedicaba una sonrisa, cuidaba sus palabras y clavaba su inocente mirada en mis ojos. Había un hombre dulce que me respetaba entre aquella jauría de perros sarnosos desesperados en busca de una presa.

Otra vez le pillé mirándome.

Él no era para nada mi tipo, sin embargo, me gustaba cómo era conmigo, me caía bien y me hacía sentir deseada, muy deseada. Valoraba mucho que, aun estando loco por mí, no se amedrentara y poco a poco fuera ganándose mi confianza cuando hablaba conmigo desde el otro lado de la barra, o al encontrarnos fuera del bar mientras fumaba. A veces, incluso llegaba pronto haciéndose el despistado justo cuando abría o cuando había poca gente para poder quedarse charlando un rato conmigo tranquilamente sin que nadie nos molestara.

Pero aun así, ¡no movía ficha! De hecho, nunca me había planteado qué ocurriría si la moviera. Simplemente era bueno conmigo, se preocupaba por mí en la medida en la que podía, intentaba sonsacarme una sonrisa o qué era lo que me gustaba, qué estudiaba, mis hobbies y mis preocupaciones, pero sin agobiarme ni ser un plasta.

«Si fueran así los chicos que me atraen no seguiría soltera».

A veces me preguntaba que si fueran así los chicos que me gustan físicamente, ¿seguirían atrayéndome? No estoy segura, siempre digo que busco hombres cariñosos, románticos o divertidos, pero luego ninguno de mis novios era así. No sé por qué.

Sólo sé que él me daba lo que otros no eran capaces de ofrecerme y eso me gustaba, pero ni siquiera me había fijado en si era guapo o no, era algo extraño.

Sabía que me deseaba y probablemente mucho más que cualquier otro borracho del bar; por eso no entendía que nunca se me insinuara o me propusiera quedar para tomar unas cañas, cenar o ¡algo! Aquello me carcomía por dentro. Quizá él sabía

que nunca podría pasar nada más, quizá pensaba que yo era inaccesible para él y prefería tener cierta amistad conmigo a no tener nada.

«Pero si es así, ¿por qué molestarse en conocerme? ¿Por qué interesarse por lo que me gusta? ¿Por qué tratarme tan bien?».

Me volvió a mirar. Le sonreí como hacía siempre.

Se acercó a la barra y me preguntó por el libro que me había recomendado: *Cincuenta sombras de Grey*. A mí me había encantado. El señor Grey, ese caballero de la Edad Media en el siglo XXI con un aire a George Clooney y ¡con helicóptero propio! Al recordarlo me acaloré por dentro, saltó una chispa en mi interior y quise ser pícara con él.

—Pues me encantó —le dije clavando mis ojos en los suyos mientras acortaba la distancia que nos separaba. Después incliné mi cuerpo apoyando los codos sobre la barra, a sabiendas de que le estaba allanando el camino para que su mirada penetrara en mi escote.

—Aunque tiene una cosa mala. —Él me miró con toda su atención, como si se parara el mundo según avanzaban mis palabras; no apartó los ojos de mí, ni pestañeó. Se me erizaron los pelillos de la nuca y sentí ganas de mordirme el labio, incluso deseaba con todas mis fuerzas que bajara de una maldita vez su mirada.

—¿El qué?

—Que me despertó el gusanillo, y cuando estás soltera y no tienes a nadie que...

Mi mirada coqueta se retiró al tiempo que mis palabras se apagaban. Al bajar suavemente la cabeza, me mordí sensualmente el labio y vi cómo su expresión cambiaba; se quedó callado viendo cómo me retiraba, permaneció atónito y pude percibir unos movimientos nerviosos en sus manos.

Me di cuenta de que, por mucho juego que le diera, él no era como los demás. Sabía que no iba a soltarme un improperio ni a hacerme un comentario fuera de lugar. Jamás diría algo que me pudiera ofender o incomodar. Nunca se arriesgaría y se atrevería a fallar.

Al final, esbozó una dulce y tímida sonrisa, no dando crédito a mi comentario.

Estaba segura de que se le pasó por la cabeza si era o no verdad lo que insinué, si era una especie de broma o un comentario

sin más de los que no hay que analizar, o si le estaba tomando el pelo para reírme de él, pero ¡yo nunca me reiría de él! No se lo merecía, pero con esto de las indirectas, ¿quién sabe? Cada uno interpreta lo que le da la gana.

«¡Uuffff!».

Suspiré temerosa de que se lo hubiera tomado a mal.

Yo ya había sentido lo que era poseer a un chico y disfrutar cuando yo me entregaba al cien por cien; cuando yo daba y él recibía. Pero incluso en esos casos, muchas veces, o no me correspondían o hacían cualquier cosa que rompía la magia del momento simplemente porque ellos ya habían terminado.

Nunca había sentido lo contrario y no sé por qué percibía en su mirada que si le hacía lo más mínimo a él iba a ser lo mejor de su vida, lo valoraría, no me despreciaría, me correspondería como era debido y veinte veces más si se lo pedía. Estaba segura de que el placer podría estar al alcance de mi mano.

«Sólo tengo que arriesgarme, ver si no me estoy engañando a mí misma en un ataque de ego y comprobar si ese chico sólo me quiere para lo mismo que los demás. Quiero saber si él es lo que deseo que sea, quiero descubrir si realmente me trataría como a una reina».

Aunque eso lo había pensado con la mayoría de tíos, con él no me podía equivocar. Era imposible equivocarse con él. Sabía que la mayoría de los tíos con los que había estado sólo querían meterse debajo de mi falda y acostarse conmigo, no para darme placer sino para disfrutar ellos mismos, pero con él... era el indicado para fiarme más que nunca de mi instinto.

—Baja al almacén a por *coca-colas*, que se han acabado.

Mi compañera me empujó levemente y sin querer al pasar junto a mí, y mi pensamiento se desvaneció al igual que lo hace el aliento en una fría mañana de invierno. La música regresó a mis oídos y vi cómo él se alejaba de mí.

«Mierda».

Todos mis anteriores pensamientos se esfumaron dejándome una desconocida sensación amarga.

Para bajar al almacén, debía recorrer todo el largo de la barra, llegar hasta el final del bar y volver a recorrer la misma distancia a través de toda la clientela hasta llegar donde se encontraban las

escaleras que me llevarían al sótano en el que se guardaban las bebidas.

Al salir de la protección de los camareros, comencé a agobiarme; el bar estaba bastante lleno y tenía que abrirme hueco entre la gente. Saludé a varias personas que conocía de verlas por el bar a menudo y seguí caminando. Empujé violentamente a un subnormal que hizo la gracia de ponerse delante de mí para no dejarme pasar y al dejarlo atrás, se abrió un pequeño claro en el que me encontré a aquel chico de espaldas a mí hablando con su grupo de amigos de toda la vida.

Al pasar por su lado, una sensación eléctrica me recorrió el cuerpo y me hizo hablar; cuando parpadeé me di cuenta de que me había acercado por detrás y le había susurrado grácilmente al oído:

—Mañana estoy sola en casa.

Él se giró sorprendido porque no me había visto llegar y yo seguí mi camino con un nudo en el estómago, sorprendida de mi atrevimiento.

Giré la cabeza hacia él bamboleando exageradamente mi cabello y vi cómo me seguía con la mirada, buscando mis ojos, no mi trasero. Eso corroboró mi teoría sobre si había elegido bien o no. Con él no me podía confundir.

Comencé a bajar las escaleras y desaparecí de su campo de visión mientras él seguía atónito, dubitativo, sin saber si era cierto o no lo que le acababa de pasar. En el último segundo del cruce de nuestras miradas observé que sus ojos estaban abiertos como platos.

Llegué abajo, al almacén.

Me giré deseosa para mirar hacia arriba, en dirección a lo alto de las escaleras, pero fruncí el ceño al ver que no le había echado un par de narices para seguirme hasta allí abajo y tomarme fogosamente en el almacén. Ahora tendría que esperar hasta mañana.

«¡Mierda! Pero ¡si no sabe dónde vivo! ¡Ni le he dicho la hora! ¡Ni tiene mi móvil! Puff!».

La angustia se apoderó de mí y poco a poco me llevé la mano a la boca.

«Se va a creer que le he vacilado y que me he burlado de él. ¡No! Yo no quiero que piense eso».

Mi deseo se vino abajo y se me humedecieron los ojos. Me mordí el labio asqueada conmigo misma.

«Ains, ¡¿por qué he tenido que abrir la puta boca?!».

Di un pisotón lleno de rabia, crucé los brazos sobre mi pecho y empecé a mordirme las uñas.

«No quiero perder a un chico que me trata así de bien».

Me dieron ganas de gritar de frustración, pero me reprimí.

«Todavía estoy a tiempo de solucionarlo. Puedo subir y explicarle. Puff, ¿explicarle qué? ¿Qué me quiero acostar con él aunque no sea mi tipo? ¿Qué quiero que me trate como una reina una noche, así porque sí? ¡¿Dios, qué le digo?!».

Comencé a caminar de un lado a otro, desesperada por encontrar una solución que no llegaba.

«¡Piensa! ¡Algo le tengo que decir! ¿Pero qué? ¡Madre mía, en qué lío me he metido! Pobrecillo, se habrá quedado confuso. ¿Por qué no pensaré antes de actuar? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?».

Tenía que hacer algo, pero lo único que sabía era que no le podía dejar así. Se estaría comiendo la cabeza.

«A saber lo que estaba pensando».

Subí las escaleras a toda prisa para buscarle, pero cuando llegué arriba ya no estaba. Me puse de puntillas para mirar por encima de la gente, a ver si al menos encontraba a sus amigos, pero ya no estaban por ninguna parte; se habían ido.

«¡Jo!».

Me quedé allí parada un eterno segundo mientras miraba a la nada, entristecida, porque mi intención no era hacerle daño, ni burlarme de él, ni vacilarle; pero probablemente era eso lo que había interpretado, porque para él yo era una chica fuera de su alcance.

El resto de la noche trabajé deambulando por el bar, hablando lo justo con la gente. Mi cabeza daba vueltas y vueltas a lo ocurrido buscándole algún sentido a todo aquello, pero no lo encontré y como no estaba de humor para hablar con nadie, me había dedicado toda la noche a beber intentando encontrar respuestas en el fondo de las copas de ron.

Llegó la hora de cerrar.

Escuché voces fuera, en la calle, en frente de las puertas del bar; los más rezagados se amontonaban alrededor de la entrada

mientras se ponían los abrigos o se terminaban las últimas bebidas que les había servido en vasos de plástico.

El cierre estaba medio bajado pero, aun así, pude oír cómo crujía la puerta al abrirse.

—Gua-pihí-shimaaa. Venga, por fa. ¡Hip! Ponme la última copa. Que yo... ¡hip!... que yo te la pago —parloteó uno de los borrachos.

—¡Que te largues! A ver si nos enteramos. ¡Cerrado es cerrado!

Empujé la puerta de un puntapié para cerrarla, me di la vuelta y puse rumbo a la barra para terminar de recoger. De pronto volví a escuchar cómo la puerta se entornaba.

«¡Uuffff!».

Bufé poniendo los brazos en jarra; la diosa de la paciencia ya me había abandonado ese día. Me detuve y me giré para estar frente a la puerta. Mientras recorría los pocos pasos que me separaban de ella, pensé malhumorada que qué diablos iban a insinuarme esta vez.

«Que si otra copa, que si una cerveza, que si estaba muy guapa esta noche, que si quería que me llevaran a casa, que si me iba con ellos de fiesta... ».

Vi cómo alguien se deslizaba por la puerta y me quedé helada, inmóvil. Algo saltó en mi mente y me puse en lo peor.

«Y si algún borracho pirado se ha atrevido a colarse para atacarme o robarme o... ».

Me aterró que un desconocido pudiera entrar y hacerme daño. Estaba trabajando sola e indefensa, no había nadie más conmigo. Por suerte, mi momentánea paja mental no me afectó demasiado y pude fijarme en su abrigo, en su camisa, en sus zapatillas... y, una vez dentro, me fijé en cómo me miraba directamente a los ojos.

—No sabía dónde vivías, ni tenía tu móvil, ni... —le escuché decir con voz tímida y temblorosa.

Al verlo, me quedé boquiabierta y helada, pero no en el sentido más profundo de la palabra, porque una ardiente y fogosa sensación recorrió todo mi cuerpo. Sus palabras me hicieron sonreír ampliamente y avancé rápidamente hacia él, empujándolo contra la puerta al tiempo que unía mis labios a los suyos de la manera más apasionada que conocía.

Tras un instante, estos se despegaron el tiempo suficiente para ver un brillo de deseo en sus ojos. Llevé mis labios a su oreja y le susurré:

—No te muevas.

Mientras le daba pequeños mordiscos notaba que su cuerpo se estremecía de placer. Posé una de mis manos sobre la puerta para correr el pestillo, al tiempo que sentí las suyas dulcemente por mi espalda, mi cadera, mi trasero.

«¡Mmmmm!»

Me excité aún más al sentir sus caricias recorriendo todas mis curvas. Volví a dirigir mi boca hacia la suya pero, de repente, con un rápido movimiento, me giró y me puso con la espalda pegada a la puerta. El choque fue fuerte y se me escapó un gemidito de dolor, así que le lancé, como castigo, un mordisco al labio inferior. Él lo esquivó, se lanzó a por el mío y lo enganchó. «¡Uuffff!».

Mi corazón luchaba ferozmente por salirse de mi pecho y mi sangre hervía.

Necesitaba desesperadamente saber más, si era como yo deseaba que fuera, si me iba a tratar como una reina, si me iba a dar toda la atención que ningún otro nunca me había dado.

No pude aguantar más. Salvajemente llevé mis manos a su cabeza y le di un fogoso beso de película. Él me cogió del trasero y me impulsó hacia arriba, momento que aproveché para rodear su cintura con mis piernas.

Disminuí la frecuencia de los besos hasta detenerme. No me reconocía, tenía la lívido por las nubes. ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué él me hacía sentir tan viva? ¿Si no era mi tipo!

Desenrosqué mis piernas de él y nos comenzamos a mover vigorosamente de un lado a otro, sin rumbo fijo.

Alocadamente nos quitamos la ropa el uno al otro. Tiré su abrigo al suelo y me deshice de su polo mientras él intentaba despegar mi camiseta de mi cuerpo. Levanté los brazos pero mi prenda se enredó en mi pelo.

«¡Leñe!».

Él, con cuidado, consiguió quitármela y seguidamente, con manos de experto, me desabrochó el sujetador que se precipitó contra el suelo.

Nos detuvimos en seco frenados por la pared del fondo con la que habíamos chocado con fuerza. Él soltó un pequeño susurro al recibir el impacto. Yo le sonreí maliciosamente porque me había gustado que sintiera ese ligero dolor.

De nuevo me lancé a besarle, acariciando su cabeza y su pecho. Bajé por su lateral mientras llevaba mis manos a su trasero. «¡Mmmmm!» Allí lo tenía, ¡todo para mí! No podía esperar más tiempo, ¡estaba impaciente por comprobar cómo era!

Centré mi atención en su cinturón, lo desabroché y sentí cómo se ruborizaba. No se creía lo que le estaba pasando y si yo me paraba a pensarlo, ¡tampoco! Él nunca me habría atraído y, sin embargo, cosas de la vida, no recordaba haber estado tan predispuesta y excitada para el sexo, y creo que él tampoco porque ¡sólo con tocarle ya percibía como estaba disfrutando! Casi no era necesario que hiciera más para darle placer. ¡¿Cómo era eso?!

Bajé su cremallera y fui deslizándome a besos por su pecho al tiempo que le bajaba los pantalones y los *boxers*. Le besé el ombligo y su estómago se contrajo con un pequeño espasmo. Me encantó su reacción. Luego, continué descendiendo un poco más al tiempo que su respiración se aceleraba justo cuando rocé su calidez con mis labios. Acaricé su erección con la lengua para jugar con sus sensaciones y estas me contestaron con un su gemido de impaciencia. Con mis manos recorría sus piernas; después, le agarré el trasero con fuerza al tiempo que me la introducía completamente en la boca.

De pronto, llevó su dedo índice a mi barbilla y me detuvo. Él no estaba allí para recibir placer, sino para dármele. Con delicadeza hizo que levantara la mirada, y con una suave presión me hizo ascender. Al llegar a su altura, me besó dulcemente y yo me derretí por dentro. Un torrente de placer recorrió mi sexo.

Se sacudió los pantalones para quitárselos de en medio, me cogió de la mano y tiró de mí. Yo miré a todos los lados intrígada por lo que tocaba ahora.

«¿Otro idiota que se va a sentar cómodamente mientras se la chupo?».

Arrugué el ceño.

«No, eso no puede ser. Él es distinto».

El hueco de la escalera estaba rodeado por una barandilla de madera para evitar que los borrachos se precipitaran de cabeza al almacén. Justo delante de la barrera anticaídas había un pequeño escalón. Me llevó hasta allí, me miró a los ojos y apasionadamente se lanzó a besarme.

Yo sonreí durante ese ínfimo instante hasta llegar al encuentro de sus labios. Acto seguido él se separó de mí, me giró para que le diera la espalda, me agarró el pelo y me mordisqueó el cuello desde atrás. Sus manos se deslizaron por mis pechos, luego por mi estómago y luego entre mis muslos.

—¡Aahh!

Así sonó el primer gemido que me provocó. Al sentir su tacto no pude reprimirlo, cerré los ojos y me dejé llevar.

Me inclinó hacia delante con la ligera fuerza que sus manos ejercieron sobre mis hombros. Mis piernas quedaron completamente estiradas mientras mis manos se apoyaban en la barandilla de madera formando, con mi cuerpo ansioso de deseo, un ángulo de casi noventa grados. Desde esa posición, contoneé mi cadera para contribuir en su afán por quitarme los vaqueros y, por el rabillo del ojo, pude ver cómo se ponía de rodillas. Sus manos empezaron a acariciar mi trasero mientras sus besos pasaban de una ingle a otra. Volví a jadear suavemente mientras mi sexo se humedecía. Sin darme cuenta, una de sus manos golpeó oportunamente mi nalga derecha.

«¡Uuffff!».

Tras sentir dicho flujo de placer, me giré para lanzarle una mirada juguetona y traviesa, y una sonrisa de diablesa para demostrarle que me había encantado lo que acababa de hacer. Rápidamente, hice regresar mi mirada hacia el suelo al notar su lengua pasando sutil y fugazmente por donde más me gustaba. «¡Mmmmm!».

Mi larga melena me cubrió completamente el rostro mientras su lengua comenzaba a jugar por sitios prohibidos.

Desde el confín de mis piernas, pasando por mi placentero humedal, recorriendo un oscuro valle para llegar hasta arriba, hasta el coxis. Jugueté allí, y mezclé murmullos de placer con una fogosa risita al sentir ardientes cosquilleos.

Una de sus manos se movió hacia mi clítoris, lo acarició y luego lo presionó.

—¡Aahh!

Mi cuerpo se contorsionó espontáneamente, y después, él introdujo la puntita de su dedo en busca de mi punto G. «¡Uuffff!».

Una maravillosa sensación hizo que mis rodillas flaquearan. Su lengua volvió a contactar conmigo, pero esta vez me recorrió más despacio, al contrario que mis jadeos, que se desbocaban salvajemente con cada segundo. Mis pezones se endurecieron y con una de mis manos comencé a acariciarlos. Después incorporé mi tronco ligeramente y lo llevé a mi trasero para tensarlo hacia a mí. Al instante él me comprendió y deslizó su lengua ávida y ferozmente hacia arriba y hacia abajo.

«¡Dios mío!».

Dicho placer me obligó a juntar mis manos en la barandilla porque las sensaciones que circulaban por mi cuerpo casi me hacen perder el equilibrio.

Mi voz se precipitaba por el hueco de la escalera, viva e incontrolable a través de mi garganta. Sentí mi orgasmo llegar descontroladamente.

—¡Síii! ¡Síii!

Estaba disfrutando más de lo que podía haber llegado a imaginar. Me encantaba. Su lengua jugaba velozmente alrededor de mi húmedo clítoris mientras su dedo seguía acariciando mi punto G, lentamente. «¡Uuffff!».

Agarré la madera de la barandilla con tal fuerza que sentí que la iba a partir.

—¡Aaahh! ¡Aaahh!

Y de pronto, estallé de placer, un espasmo recorrió mi columna vertebral y él tuvo que sujetar mis caderas para que no me cayera. Con su ayuda descendí con suavidad hasta que mis rodillas llegaron al frío suelo.

Caí abatida. Mis manos seguían, inamovibles, ancladas a la barandilla y me senté sobre mis talones sin fuerzas para levantarme. Una gota de sudor comenzó a bajar por mi frente, y mi cabeza cayó hacia delante como la de Jesucristo en la cruz.

Tomaba grandes bocanadas de aire y lanzaba jadeantes respiraciones entrecortadas con risas incrédulas por el placer que acababa de experimentar. Poco a poco fui recuperando mis fuerzas mientras él esperaba pacientemente detrás de mí, dándome besitos por la espalda. ¡Mmmmm! Eso me encantó. También

me retiró el pelo de la cara y después continuó pacientemente acariciándome la nuca y el cuello.

—Eres preciosa —me susurró.

«¡Oh, Dios mío!».

Giré mi rostro y busqué sus labios, pero no me lo permitió y me obligó a ponerme de pie. Mi mente, confusa, cavilaba sobre qué diablos le iba yo a hacer para que su orgasmo fuera tan maravilloso como el mío.

Cuando me erguí, él pasó una mano por mi pierna izquierda y me la levantó. Yo, fundiéndome con la tranquilidad del ambiente, la coloqué sobre la barandilla que apenas me llegaba a la altura de la cintura y, sin previo aviso, empecé a gemir al sentir su sexo en mi interior. Absorta por su forma de entrar en mí y boquiabierta, bajé la mirada al suelo y vi el envoltorio del preservativo que se había puesto.

«¡Como debe ser!».

Pero lo que más me sorprendió y encantó fue el hecho de que me tocara a mí darle placer a él y, sin embargo, hizo que me derritiera aún más.

Vigorosamente continuó penetrándome pero pícaramente comenzó a bajar el ritmo.

—¡No pares! —grité inconscientemente entre jadeos. Él me obedeció. Su comportamiento nada egoísta hacía que me desbocara con cada movimiento; el hecho de que me deseara tanto y me diera todo lo que yo necesitaba y más, me hacía estremecer. Eché un poco la cabeza hacia atrás estirando el cuello mientras mi cadera traqueteaba y, justo en ese momento, pensé que si en ese preciso instante me diera un tirón de...

—¡Aahh!

Un gemido salió hacia el techo cuando tiró con fuerza de mi cabello. Traté de esbozar una sonrisa pero mi mandíbula se desencajaba de placer; lo hacía todo en el momento perfecto... Siguió acelerando.

Tras un tiempo, volvió a apaciguar sus movimientos hasta detenerse, separó su sexo del mío y yo suspiré agradablemente. El sudor que se desplazaba por mi espalda me provocaba un reconfortante escalofrío. Fui a girarme para mirarle a los ojos y besarle, pero su erección se desplazó de nuevo a mi interior.

«¡Oh!»

De manera juguetona, volvió a repetir la estrategia, sacándola por completo y volviendo a introducirla. «¡Mmmmm!» . Sus movimientos me nublaban el pensamiento. Repitió la secuencia por tercera vez, pero no le permití que hubiese una cuarta. Desplacé mi mano izquierda hacia atrás y le agarré el culo para que no se me volviera a escapar. Él comprendió mi gesto; colocó sus manos en mi cadera y empezó a acelerar con energía. Salvajemente. Apasionadamente.

—¡Sí! ¡Aahh! ¡Dios!

Me empecé a perder en ese mar de placer. Mi pelo revoloteaba de manera descontrolada y mis ojos se volvían blancos a cada sacudida. Lancé una mirada hacia atrás y vi la pasión y la concentración que ponía en cada movimiento. Me pasé la lengua por los labios para excitarle aún más si era posible, y al instante estiré la mano hacia atrás para colocarla en su pecho y hacerle saber que debía parar.

Me aparté de él, le cogí de la mano y le llevé hasta el sofá que había junto a la antigua máquina de música. Le senté de un empujón, cogí todo su placer con mis manos y me subí a su regazo, agarrando sus muñecas contra el respaldo del sofá mientras empezaba a subir y a bajar incluyendo movimientos circulares de mi cadera. Su cara se llenó de asombro cuando empecé a cabalgarlo alocadamente. Acerqué mi cara a la suya, nariz con nariz, mientras jadeaba de placer. Noté cómo él intentaba besar y acariciar cualquier parte de mi cuerpo, sentí cómo forcejeaba para liberarse, pero yo no se lo permití, lo tenía bajo control. Su respiración entrecortada y apasionada y su pulso disparado me excitaban aún más.

Poco a poco dejó de forcejear y se sometió a mí. Al conseguir que se relajara, lancé un grito energético de placer y de entrega. Mis caderas comenzaron a moverse más y más rápido mientras me acercaba a su oreja, se la mordía y le susurraba juguetonamente:

—¿Quieres correrte? Yo sí quiero que lo hagas.

No lo dejé responder, solté sus manos, me agarré a la cabezera del sofá para darme mayor impulso y así desbocarme sobre él. Percibí cómo su cuerpo se tensaba para llegar al orgasmo y me entregué aún más a él.

Sus manos, por fin libres, agarraron mis caderas para unirse a mis salvajes vaivenes. «¡Mmmmm!» De pronto, su cadera, espasmódicamente aceleró mientras su cuello se estiraba y sus ojos se volvían blancos.

Todo su cuerpo se llenó de éxtasis al expulsar su semilla en el interior del preservativo. Yo sentí cómo la tensión de sus músculos se liberaba gracias a mí y, poco a poco, comencé a frenar mi impulso. Después, abracé su cabeza y la llevé contra mis pechos. Noté sus cabellos húmedos de sudor contra mi piel. Él me devolvió el abrazo y silenciosamente nos quedamos juntos en un ardiente instante mientras nuestras respiraciones se fueron sosegando al unísono.

Comencé a sentir ligeros besos, como caricias, por mi cuello y pecho. Eso me hizo soltar un maullidito de satisfacción. Le levanté la cabeza y le besé completamente entregada a él. Tras el magnífico beso, nos dejamos caer de lado para reposar sobre el sofá y cerré los ojos mientras estaba entre sus brazos, pero un ligero roce me sacó de mi estado de bienestar y de pronto volví a escuchar la música del bar y a mi compañera decirme:

—Baja al almacén a por *coca-colas*, que se han acabado.

Para bajar al almacén, debía recorrer todo el largo de la barra, llegar hasta el final del bar y volver a recorrer la misma distancia a través de toda la clientela hasta llegar donde se encontraban las escaleras que me llevarían al sótano en el que se guardaban las bebidas.

Al salir de la protección de los camareros, comencé a agobiarme; el bar estaba bastante lleno y tenía que abrirme hueco entre la gente. Empujé violentamente a un subnormal que hizo la gracia de ponerse delante de mí para no dejarme pasar y al dejarlo atrás, se abrió un pequeño claro en el que me encontré a aquel chico de espaldas a mí hablando con su grupo de amigos de toda la vida.

Al pasar por su lado, una sensación eléctrica me recorrió el cuerpo y me dejó helada, un nudo se me hizo en la garganta y pasé de lejos sin atreverme a susurrarle:

—Mañana estoy sola en casa.